mo, o tuvieseis ya un pie en el infierno; aunque hubieseis vendido vuestra alma al diablo; aunque fueseis un hereje endurecido y obstinado como un demonio..., tarde o temprano os convertiréis y os salvaréis con tal que (lo repito y notad las palabras y los términos de mi consejo) recéis devotamente todos los días el Santo Rosario hasta la muerte, para conocer la verdad y lograr la contrición y el perdón de vuestros pecados."

Como en estos tiempos de indiferencia se hace poco caso de estas promesas y de las hechas a Santo Domingo, quiso la Virgen María mandarnos nuevos embajadores; y Ella, que tiene tanto gusto en valerse de los humildes, lo mismo que escogió en Lourdes a Bernardita y en los montes de la Saleta a Maximino y Melania, eligió también en la aldea portuguesa de Fátima a tres pobres pastorcillos como instrumentos de la renovación de esta devoción admirable.

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE FATIMA

El soberbio monasterio portugués de Batalha, situado a cien kilómetros al Norte de Lisboa, tienen un origen parecido al español de El Escorial. Este lo erigió Felipe II, en acción de gracias por su victoria sobre los franceses en San Quintín; aquél lo edificó Juan I de Portugal, para cumplir el voto hecho a la Virgen de las Victorias el 14 de agosto de 1385, en que tuvo que luchar en Aljubarrota con un ejército castellano muy superior al suyo. Gloriosa fué su victoria y espléndido también el monasterio, cuyos primeros moradores fueron los frailes de Santo Domingo.

A ellos se debe la devoción al Rosario que se conserva aún en la comarca, a la cual pertenece la pequeña feligresía de Fátima, célebre ahora por los sucesos de estos últimos años que vamos a narrar.

Se encuentra este pueblecito en las estribaciones de la Sierra de Aire, perteneciendo en lo civil a la jurisdicción de Vilanova de Ourém, y, en lo eclesiástico, a la diócesis de Leiría. Uno de los grupos de casas que constituyen la parroquia, es la aldea de Aljustrel, a poco más de dos kilómetros de la iglesia parroquial.

El 13 de mayo de 1917 tres pastorcitos de esta aldea estaban guardando sus rebaños de ovejas. Eran los hermanos Francisco y Jacinta Marto, de nueve y siete años, respectivamente, acompañados de su prima Lucía de Jesús, que ya contaba diez. Ninguno sabía leer, y sólo Lucía había hecho la primera comunión.

Después de reunir los rebaños de las dos casas, los habían

llevado a pacer a una finca de Lucía, en el sitio llamado "Cova de Iria". Tenían costumbre de rezar juntos el Rosario, y así lo habían hecho aquel día. Serían las doce cuando concluyeron su rezo y trataron de entretener el tiempo juntando piedras para hacer una choza.

Al empezar su trabajo se vieron sorprendidos por un gran resplandor. Aunque en el cielo no había nubes, temió Lucía que fuese el principio de una tormenta y aconsejó a sus primos volver a casa con las ovejas. Dejaron precipitadamente la construcción de la choza y emprendieron el descenso de la colina, llevando delante sus rebaños. Un nuevo resplandor los obliga a detenerse. Muy cerca de ellos, sobre una pequeña encina, entre resplandores de luz, ven una Señora; tratan de huir, pero Ella los tranquiliza diciéndoles: "No temáis, que no os haré daño alguno".

La aparición representaba unos dieciocho años; su vestido era blanco como la nieve; un manto, orlado de oro, le cubría la cabeza y la mayor parte del cuerpo. Su bellísimo rostro tenía cierta sombra de tristeza. De todo su cuerpo, rodeado de una luz más hermosa que la del sol, salían brillantes destellos; tenía las manos juntas a la altura del pecho, y en ellas llevaba un Rosario.

Lucía, perdido ya el miedo, se atrevió a preguntarle qué quería. La Señora le declara que viene del cielo y que, antes de manifestarles el objeto de su venida, desea que durante medio año vuelvan a aquel sitio los días trece de cada mes. Al oir hablar del cielo y ver la amabilidad de su celestial confidente, se atrevió a preguntar la niña si algún día iría ella también a él. Como la Señora le contestase que sí, preguntó si les esperaba la misma suerte a Jacinta y Francisco. La respuesta fué también favorable.

Después de este diálogo desapareció la Señora, alejándose por el aire hacia Oriente. Francisco, aunque había sido testigo de la escena, no percibía la conversación. Jacinta oía, sin tomar parte en ella. Lucía, que era la única que conferenciaba con la Señora, encargó a sus primos que guardasen silencio de lo ocurrido y trató, por su parte, de disimular la emoción; pero los primitos no supieron cumplir el encargo, y se apresuraron a contar todo a sus padres. Como éstos se lo contasen a la madre de Lucía, la niña tuvo que referir entonces a su madre, con toda sinceridad, cuanto había ocurrido.

Muchos vecinos de la aldea de Aljustrel, así que se divulgó el suceso, trataron a los niños de embusteros, y hasta los padres de Jacinta y Francisco dieron tan poca importancia a los dichos de sus hijos, que el 13 de junio, día señalado para la

segunda aparición, fueron a la feria de Porto de Mos, sin preocuparse de asistir a la cita que a los niños diera la Señora aparecida.

No faltaron, sin embargo, cuatro docenas de curiosos que fueron testigos de la actitud de los videntes. Llegaron éstos a Cova de Iria antes del mediodía y empezaron por rezar el Rosarío. A las doce, según había anunciado, se presentó la Señora. La conversación era con Lucía; Jacinta oía, sin tomar parte en ella; Francisco veía pero nada oía, por lo cual las dos niñas tuvieron que enseñarle esta oración que les había revelado la celestial Señora: "¡Oh, mi Jesús! Perdónanos nuestros pecados; libranos del fuego del infierno, y alivia a las almas del Purgatorio, especialmente a las más abandonadas". Además de enseñarles la oración, la aparecida les descubrió un secreto; pero los niños lo han guardado con tal fidelidad, que nada se sabe de él.

La entrevista duró diez minutos próximamente. Los testigos no salieron defraudados; porque, aunque no veían ni oían a la Señora, les bastó observar la actitud de los niños para convencerse de que no se trataba de una novela.

Este convencimiento fué tan absoluto que el 13 de julio eran cerca de cinco mil los que presenciaron la tercera entrevista. Lucía rogó a la Señora que hiciese algún milagro, para que la gente creyese la verdad de las apariciones, y la Señora le prometió hacerlo en la última, que había de verificarse en el mes de octubre, consagrado al Rosario. Le recomendó, además, que lo rezasen pidiendo la conclusión de la guerra, porque "sólo Ella podía ayudarles".

Desde la tercera aparición empezó la Prensa a ocuparse de los sucesos de Cova de Iria. La semejanza que guardaban con los de Lourdes se acentuaba cada vez más. Se achacaba todo a sugestión, tratando el asunto la mayor parte de los articulistas con desdén y escepticismo. A pesar de esto, el número de espectadores iba en aumento. El 13 de agosto eran unos 18.000; pero en esta ocasión quedaron completamente defraudados, porque el administrador de Vila Nova de Ourem, imitando la conducta de Jacomet en Lourdes, quiso impedir las apariciones. Invitó a los niños a que subiesen a su coche, diciéndoles que los llevaría a Cova de Iria; pero, así que los tuvo en su poder, los trasladó a su casa, en la que los retuvo dos días, acosándolos a preguntas y tendiéndoles lazos, para conseguir que se desdijesen o cayesen en alguna contradicción. Su esposa, en cambio, trató con maternal cariño a sus simpáticos huéspedes, hasta que, cansado el marido de la inutilidad de sus esfuerzos, los devolvió a sus casas.

No quedaron, sin embargo, privados los pastorcillos de la visita correspondiente al mes de agosto, porque el día 19, hallándose los tres juntos guardando sus ganados en el sitio llamado Valinhos (pequeños valles), se les presentó la Señora. Se quejó de la conducta del administrador y les dijo que su funesta intervención sería causa de que el milagro de octubre no fuese tan resonante. Como muchos devotos habían depositado sus ofrendas al pie de la pequeña encina en que habían tenido lugar las anteriores apariciones, preguntó Lucía a la Señora qué debían hacer con ellas: "Que se hagan dos andas—le contestó—; tú, con otras tres niñas, vestidas todas de blanco, llevarás una. Francisco, con otros tres niños, vestidos también con capuchones blancos, llevará la otra". Le pidió también Lucía que curarse a los enfermos, y la Señora le prometió que curaría a algunos.

El milagro grande estaba anunciado para el 13 de octubre; pero ya el 13 de septiembre, en que el número de asistentes devotos y curiosos era de unos 30.000, se vió una nube que, como columna de incienso, envolvía la encina durante el tiempo de la aparición; el sol perdió su claridad, y las nubes blancas que había a su alrededor fueron tomando sucesivamente los colores rojo, rosa y amarillo.

* * *

El monte de Cova de Iria no es sitio que convide a pasar en él una noche al raso a mediados de octubre, sobre todo cuando el estado del cielo hace temer un temporal de lluvia; pero los peregrinos que habían venido de lejos y no disponían de automóvil, se resignaron a pernoctar sobre el fango, calados por la lluvia hasta los huesos, a cambio de presenciar desde buen sitio el prometido milagro. Ni las burlas de la Prensa impía, ni las amenazas de la tempestad fueron bastantes a impedir que por toda la tarde del día 12 se viesen los caminos conducentes al lugar de las apariciones cubiertos de viajeros, cargados muchos de ellos con el equipaje indispensable para sufrir durante la noche las inclemencias del tiempo.

El día 13 amaneció borrascoso; la lluvia se hacía cada vez más intensa, hasta llegar a ser torrencial; pero la afluencia de peregrinos iba también en aumento, hasta alcanzar la cifra de 70.000, en que se calcula el número de los que presenciaron el prodigio de este día.

A las doce llegaron los tres videntes al lugar de la encina, de la que sólo quedaba el tronco, porque las ramas habían desaparecido como reliquias, llevadas por devotos y curiosos. Lucía mandó que se cerrasen los paraguas; obedeció aquel inmenso gentío y empezó a cesar la lluvia. Se arrodillan los niños ante los restos del árbol, y mientras el público contempla asombrado las milagrosas columnas de humo que se elevan sobre el lugar de la aparición, son favorecidos por sexta vez los tres pastorcillos con la visita de su celestial confidente, que les declara ser "Nuestra Señora del Rosario". Después se les aparecen también Nuestro Señor y San José.

Lucía se dirige por segunda vez a la muchedumbre diciendo: "Mirad hacia el sol". Se rasgan entonces las nubes y aparece el astro del día rodeado de los colores del arco-iris, dando vueltas con velocidad vertiginosa, como si fuese una rueda de fuegos artificiales. Por tres veces se repitió este "baile del sol"; después se le vió hacer un movimiento como si se acercase a la tierra, para precipitarse sobre la multitud que contemplaba el prodigio. Muchos lloraban, otros rezaban hincados de rodillas, y casi todos exclamaban aterrados: "¡Milagro! ¡Milagro!" (1).

Para que sea más completa la analogía entre Lourdes y Fátima, hay también aquí una fuente milagrosa y se celebra la procesión del Santísimo, que pasa entre las filas de enfermos. "La Voz de Fátima" publica en todos sus números narraciones de curaciones sorprendentes y trae con frecuencia los retratos de los enfermos y los certificados de los médicos que los recono-

(1) No se crea que este portento sea un caso sin precedentes. En Migné, diócesis de Poitiers, el 17 de diciembre de 1826, estando el cielo sereno, vióse una cruz resplandeciente sobre la iglesia parroquial con ocasión de una función religiosa que se había celebrado. Era la cruz de un color blanco plateado, de unos cincuenta metros de altura, muy regular y bien formada. Por espacio de media hora la contemplaron tres mil personas, muchas de las cuales fueron llamadas a declarar en el expediente que se abrió para dar sentencia eclesiástica sobre la naturaleza del prodigio, que fué declarado milagroso por muchos obispos y aprobado por S. S. León XIII. (Breve "Allata iam", de 18 de abril de 1827. "Etsi maximi", 18 agosto 1827.) También pueden verse sucesos semejantes referidos por Spondano en el siglo XVI.

Remontándonos más siglos atrás, se encuentra el célebre milagro de la cruz que apareció sobre Jerusalén el 7 de mayo del año 351. San Cirilo, que era entonces el Obispo, escribió aquel mismo día una carta al Emperador Constantino, dándole cuenta de tan señalado milagro; en ella, refiriéndose a la cruz, le decía: "...la ciudad entera se recreó con su figura evidentísima, dejándose contemplar por largas horas, con luz tan intensa, que dominaba la del sol."

Volviendo al suceso de Fátima, debemos tener presente que no se puede atribuir a alucinación colectiva; pues, como dice muy bien a este propósito el Prelado en la Carta Magna en que declara dignos de crêdito los sucesos de Fátima, hay testigos que presenciaron las señales del sol desde lugares apartados varios kilómetros de Cova de Iria. No fué, sin embargo, un fenómeno tan general que lo percibiesen los observatorios astronómicos situados a mayor distancia.

cen, porque también se verifican en Fátima estas comprobaciones.

El P. Olegario Corral, S. J., al ocuparse de los sucesos de Cova de Iria, en un artículo publicado en "Sal Terrae" (enero de 1929), da cuenta de algunas curaciones copiadas al azar de "Voz de Fátima", y después dice: "Ahora mismo, estando yo escribiendo estas líneas, recibo "Novidades", periódico de Portugal, número 22 de noviembre de 1928, el cual narra un suceso de estas curaciones que acaba de suceder y lo testifica el mismo médico. Trátase de una señora, esposa del señor Teixeira, funcionario superior de Hacienda pública en Oporto, llamada doña María Margarita Malheiro. Sufría hacía diez años una afección cutánea, que le había producido quinientos tumores. Además tenía una úlcera en el estómago. La ciencia era impotente para curarla. La señora pone toda su confianza en Dios y en la Santísima Virgen de Fátima. Va en peregrinación a ella, con grande confianza en su curación. "A la vuelta, dice el médico, quedé asombrado: estaba completamente curada, sin conservar siquiera vestigios de la afección cutánea ni de la úlcera del estómago. Y el doctor autoriza para que se haga público su testimonio".

* * *

La devoción de los portugueses a la Virgen de Fátima ha transformado las costumbres. Los días 13 de cada mes se celebran grandes fiestas, en las que los fieles dan pruebas de su ardiente piedad y talento organizador. Al esplendor de estas funciones contribuye poderosamente el señor Obispo diocesano, que en su Carta Magna de 13 de octubre de 1930, después de una laboriosa información, en la que fueron examinados gran número de testigos, declaró dignas de crédito las visiones de los pastores de Cova de Iria, permitiendo oficialmente el culto de Nuestra Señora del Rosario de Fátima.

No se apoya solamente el señor Obispo de Leiría en las declaraciones de los testigos del prodigio, sino también en la conducta de los pastorcillos y de sus familias. Hemos visto que en Lourdes y en Konnersreuth el modo de proceder de Bernardita y de Teresa y el de sus familias son garantía de que no se trata de ficciones humanas; se ve en todos estos sitios la mano de Dios; y esta divina intervención se confirma con las maravillas de la divina gracia, porque son muchos, como dice el señor Obispo, "los corazones extraviados que han encontrado allí el perdón, y los incrédulos e indiferentes que recobraron allí la fe de sus padres". Pondera también la "resignación que manifiestan los enfermos, aunque no hayan obtenido la cura de sus

males físicos", y exclama: "¡Ah!, ¡si los confesonarios de Fátima no estuviesen rigurosamente sellados por el sigilo sacramental, siempre inviolable, qué prodigios de gracia no nos contarían!"

Hasta qué punto es verdad lo que afirma el Prelado nos lo dice el número de peregrinos y el de comuniones. El primero ha llegado algún día a 200.000 y el de comuniones a 33.000. Lo confirma también la generosidad de los donativos: Se ha construído una capilla, para que puedan celebrar la santa Misa los numerosos sacerdotes que forman parte de las peregrinaciones, y un hospital para los enfermos que van en ellas. En él está instalada la Oficina de Comprobaciones Médicas. Está también en construcción la Basílica, cuyos quince altares representan los quince misterios del Rosario.

* * *

La promesa que había hecho la Santísima Virgen a los tres pastorcillos cuando le preguntó Lucía si irían algún día al cielo, se cumplió pronto con Francisco y Jacinta, víctimas ambos de la gripe que se extendió por todo el mundo al concluir la Guerra Europea, el año 1918.

Francisco entregó su alma a Dios el viernes, 5 de abril de 1919.

Jacinta y todos los de su familia, excepto el padre, fueron también atacados por la enfermedad, y como consecuencia de ella, contrajo la niña una pleuresía purulenta, de la que tuvo que ser operada en Lisboa. La intervención quirúrgica no tuvo éxito, cosa que sabía muy bien la enferma, porque se le había aparecido la Santísima Virgen anunciándole el venturoso día de su muerte, que acaeció el 20 de febrero de 1920.

Lucía es la única que vive de los tres dichosos confidentes de la Virgen. Para cumplir lo que Esta le había mandado en una de las primeras apariciones, fué a instruirse a un colegio del Norte de Portugal. Como a partir de 1910 está allí prohibida la vida de las Ordenes religiosas, a la que la niña se sentía llamada, por inspiración del cielo, tuvo que trasladarse a Tuy, y allí profesó en las religiosas Doroteas, el 3 de octubre de 1928, a los veintiún años de edad.

EL GENERAL RIEGO Y EL ROSARIO

Aunque los milagros de la gracia de Dios curando las almas tienen menos valor apologético que los del orden sensible, no queremos prescindir de citar algún ejemplo.

Entre las obras dedicadas a poner de manifiesto la inter-

vención de Maria en esta clase de favores, está la del P. Capanaga, titulada "La Virgen en la historia de las conversiones". De ella vamos a copiar solamente algunos datos del capítulo titulado: "La muerte del General Riego". "El día 15 de septiembre fué hecho prisionero don Rafael, después de la derrota de las Arenas, en Sierra Morena, desde donde fué trasladado a Madrid. El 7 de noviembre de 1823 fué ahorcado en la plaza de la Cebada, de la misma capital. Al entrar en la capilla, Riego manifestó deseos de confesarse con un padre Dominico del Colegio de Santo Tomás, a ser posible de Asturias. El confesor fué el padre S. Vicente, quien admirado de tal petición, hubo de interrogarle. Y Riego contestó con estas palabras: "Padre; mi vida entera es un tejido de iniquidades; no hallo en mi conciencia cosa alguna acreedora a tamaño beneficio de Dios. Pero si a obra alguna debo atribuir el que Dios se compadezca de mi alma, no hallo más que un recuerdo. Cuando yo era niño, mi santa madre me llevaba todos los días a la capilla del Rosario de Santo Domingo, de Oviedo, y allí, de rodillas, rezábamos juntos el rosario de la Santísima Virgen. Murió mi madre, y desde entonces, bien como recuerdo de cariño a ella, bien como resto de devoción a la Santísima Madre de Dios, jamás he dejado un solo día de rezarlo". "Basta, hijo mío, basta-exclamó enternecido el confesor, estrechando a Riego entre sus brazos-. La Virgen te ha salvado. ¡Oh!, dale infinitas gracias por esta merced, y ten ánimo y confianza en Ella, pues esta conversión es una prenda de felicidad". Su muerte fué edificante y conmovedora. Antes de morir firmó y leyó la siguiente protesta: "Yo, don Rafael de Riego, preso y estante en la Real Cárcel de esta Corte, hallándome en mi cabal juicio, memoria, entendimiento y voluntad, cual su Divina Majestad se ha servido darme: crevendo, como firmemente creo, todos los misterios de nuestra santa fe, propuestos por nuestra Madre la Iglesia, en cuyo seno deseo morir: movido imperiosamente de los avisos de mi conciencia, que por espacio de más de quince días ha obrado poderosamente en mi interior, antes de separarme de mis semejantes, quiero manifestar en todas partes, donde haya podido llegar mi memoria, que muero resignado en las disposiciones de la Divina Providencia, cuya justicia adoro y venero, pues conozco los delitos que me hacen acreedor a la muerte". Continúa Riego pidiendo perdón a Dios y a todos los españoles por la parte que tomó en la revolución, y dice al fin: "Esta manifestación que hago de mi libre y espontánea voluntad, es mi deseo que, por la superioridad de la Sala de los Señores Alcaldes de la Real Capilla y Corte de Su Majestad, se le dé la publicidad necesaria, y al efecto la escribo de mi puño y letra y lo firmo ante el presente escribano de Su Majestad en la Real Cárcel de la Corte de Su Majestad.—Rafael RIEGO".

PROFECIAS DE LA MADRE RAFOLS SOBRE EL ROSARIO

Al predecir la Madre Rafols, en sus célebres escritos, las desdichas de los tiempos actuales, dice que el Sagrado Corazón le habló de esta manera: "Llegará día en que se querrá destruir la Religión y mi dulce nombre de todos los ámbitos de la tierra... Comenzará abiertamente esta época (para España) en 1931". Al tratar de los remedios que pondrá entonces Dios en nuestras manos, escribe estas palabras: "Ruego a todos, y de manera especial a mis Hermanas en Religión, que pidan, se sacrifiquen y trabajen cuanto esté a su alcance para que en todas las familias se rece el Santo Rosario". En otro lugar dice que, cuando lleguen estos tiempos tan calamitosos y turbulentos, el medio más poderoso para desagraviar a su Eterno Padre será invocar a su Madre Santísima, meditando los cinco misterios dolorosos del Santo Rosario.

No ha recaído hasta el presente juicio de la Iglesia sobre el crédito que merecen estas profecías. Nos sujetamos por anticipado a su fallo. No pretendemos tampoco que estos célebres escritos tengan a su favor milagros comparables a los acaecidos en Lourdes; pero hemos de exponer brevemente las razones que apoyan su autenticidad.

La Sierva de Dios María Rafols, fundadora de la Orden de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, nació en Villafranca del Panadés (Barcelona) el 5 de noviembre de 1781. El Hospital de Zaragoza fué la cuna elegida por Dios para el naciente Instituto Religioso. Los dos sitios que sufrió la ciudad en la guerra de la Independencia, cuando dicho Instituto estaba en el quinto año de su vida, fueron la piedra de toque que hizo descubrir el oro de la caridad que el Sagrado Corazón infundió en él; porque fueron tan sublimes los actos de abnegación y de valor realizados por la Madre Rafols y sus hijas en Religión, que no tienen explicación humana. El premio que dieron los hombres a los favores que recibieron de esta admirable mujer fué calumniarla, procesarla, encarcelarla y, a pesar de que fué declarada inocente, condenarla a destierro.

El Señor, que la sostenía en medio de tantas tribulaciones, le mandó que escribiese las comunicaciones que El le hacía. "No sé, dice ella, lo que se propone mi dulce Jesús con hacerme escribir; sólo sé decir que son tantas las angustias que siento cuando recibo estos mandatos, que todo lo que he sufrido en mi dilatada vida me parece nada en comparación de las agonías que siento al escribir estas noticias tan íntimas de mi vida".

Los autógrafos encontrados hasta ahora son unos quince, y se espera encontrar más, porque se observan algunos vacíos en la vida de la Madre. Hagamos una sucinta enumeración de las principales profecías contenidas en ellos, empezando por la relativa al hallazgo de los mismos documentos: "... esto que ahora escribes, le dijo el Sagrado Corazón, el año de 1836, lo encontrará el mes de enero de 1932 una de tus Hijas, que es la designada por mí para encontrar todo lo que tú escribas". Pues bien; desde el año 1926, en que empezaron a aparecer los escritos, todos han sido hallados por la Madre María Naya, y el que acabamos de copiar se encontró en la fecha profetizada.

Ya hemos hablado de la predicción relativa a la persecución religiosa en España, que se anuncia comenzaría el año 1931. Con igual exactitud habla de la "Fiesta de Cristo Rey, que será instituída por voluntad mía, le dijo el Señor, y a su debido tiempo, por mi Vicario en la tierra, mi amado hijo Pío XI".

Hay muchas profecías en estos escritos que han visto ya su cumplimiento o están en vías de alcanzarlo. Tales son: El desarrollo de la Congregación; el Generalato de la Madre Bescós; el traslado de los restos de la Madre Lecina; la construcción de iglesia, hospital y escuela en el Molí d'en Rovira, y otras varias de las que no hemos de ocuparnos. Pero hay dos, relativas al hallazgo de dos Crucifijos, conocidos hoy con los nombres de "Cristo del Consuelo" y "Cristo del Desamparo", que no queremos prescindir de examinarlas, porque en todas las otras que hemos enumerado hay sólo el prodigio de la predicción, pero en estas dos fué también prodigioso el modo de verificarse el hallazgo.

Cristo del Consuelo

Era un crucifijo de metal con adornos de plata que habían regalado a la Madre Rafols los parientes de un Padre Jesuíta, que no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento por lo mucho que había trabajado para salvarlos durante los sitios de Zaragoza, encargaron al Padre que se lo remitiese. Así lo hizo él, después de aplicarle muchas indulgencias. Estaba la Sierva de Dios encariñada con su Crucifijo, no por los adornos de plata, sino por las indulgencias y por "venir de una persona tan santa, tan amante de la cruz y de tanta austeridad y penitencia que sólo su recuerdo hacía mucho bien a su alma". Pero un día se le apareció el Señor, estando ella en su casa na-

tal, y le dijo: "Es mi voluntad que ese Crucifijo que tienes en tanta estima y no está conforme con la pobreza que tú profesas, lo claves en esta misma habitación en que tú moras. Yo haré que permanezca aquí, sin que nadie pueda arrancarlo, hasta que tus Hijas vengan en los tiempos venideros a reconocer y venerar por primera vez esta casa santificada con mi presencia. Cuando visitaren esta habitación, Yo haré que una de tus Hijas, al verlo, lo reconozca por tuyo, y sin ningún esfuerzo ni respeto humano, por inspiración mía lo desclavará, y al dueño temporal de esta casa, muy conmovida se lo pedirá".

La promesa se ha cumplido ya al pie de la letra. El día 1.º de septiembre de 1924 visitaron por primera vez las Religiosas de Santa Ana la casa de su Fundadora. Estaban próximos a cumplirse los 110 años desde el día en que había ella escrito su conversación con el Sagrado Corazón. La Hermana Naya, al ver un Crucifijo cubierto de cal en la pared, exclamó: "Ese Cristo es de nuestra Madre". Los dueños de la casa dijeron que con aquel Crucifijo sucedía una cosa misteriosa: nunca, durante tres generaciones, lo habían podido mover ni despegar de la pared, y por eso lo habían blanqueado.

Subió la Hermana Naya a un catre y, sin fuerza alguna, lo quitó de la pared; lo pidió a los dueños; se lo dieron, y lo llevó a Zaragoza.

Cristo del Desamparo

En aquellos mismos días del año 1815, en que le había anunciado Jesús la futura invención del "Cristo del Consuelo", tuvo lugar la escena que nos refiere la Madre con relación al hallazgo del "Cristo del Desamparo", que había sido robado de un convento de Dominicos el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz del año 1809.

He aquí sus palabras (1): "Otra noche en que yo estaba castigando mi cuerpo para desarmar la Justicia Divina y consolar a mi Dulcísimo Jesús de todos los pecados que se cometían en aquella comarca, se me apareció Nuestro Señor Jesucristo muy triste y me dijo: "Sigue, hija mía, sigue castigan"do tu cuerpo, para que mi Eterno Padre se desagravie por "las muchas profanaciones que en estos últimos tiempos se me "están haciendo. Quiero que escribas las profanaciones tan "horrendas que hicieron a mi imagen en estas últimas guerras

"(las de la Independencia) unos malhechores muy cerca de este "lugar. Estos desgraciados eran tres... Al romper la cruz arran-"caron el brazo izquierdo, y cuando vieron que no era de oro, "como ellos creían al robarlo del convento de los Dominicos, "buscaron unas cañas y otras leñas de las que tenía tu hermano "para cocer el pan y prepararon detrás de esta casa una gran "hoguera para quemar la cruz y mi imagen; pero por más "esfuerzos que hicieron, no lo pudieron conseguir y sólo se que-"mó la cruz... Volvieron a echar la imagen cuando la hoguera "estaba bien encedida; pero se apagó de repente, y por más "esfuerzos que hicieron para encenderla de nuevo, no lo pudie-"ron conseguir, y eso que la leña estaba muy seca... Al ver que "quedaban burlados..., la tiraron al estanque en que se reco-"ge el agua para moler... No se hundió, como ellos creían...; "siguió flotando sobre el agua como si fuese una paja, con un "resplandor tan claro y brillante, que iluminaba todo el con-"torno... Uno de los ladrones, atemorizado al ver este prodigio, "se convirtió e invocó a la Santísima Virgen del Pilar... Esto "irritó tanto a sus compañeros, que lo tiraron al estanque; pe-"ro, en vez de ahogarse, cogió con suma facilidad la imagen y, "besándola con gran amor y veneración, por sí solo salió del "estanque... Por ver si abrían los ojos del alma los otros dos "ladrones, puse por intercesora ante mi Eterno Padre a mi "Madre Santisima..., y en presencia de los tres hice que mi ima-"gen se cubriese de un copioso sudor de sangre... Hicieron aún "después de esto un hoyo para enterrarme en él; pero antes "les hablé estas palabras: "Hijos ingratos, Yo os aseguro que "en los tiempos venideros de este hoyo me sacarán otros obre-"ros. Vosotros sois dos los que, ciegos y endurecidos, estáis; "y cuatro o cinco serán los que presenciarán mi hallazgo mi-"lagroso... Ya que vosotros desperdiciáis mi sangre, Yo os "aseguro que el metal y la tierra la adorarán y respetarán y "se conservará fresca y roja hasta el día 15 de noviembre del "año 1929, en que Yo haré que otros hombres, que estén tra-"bajando honradamente, la encontrarán y venerarán".

La Madre Rafols oía profundamente apenada estas revelaciones de Dios y estaba aterrada por la pena eterna a que se habían hecho acreedores los dos ladrones; pero el Señor le dijo que hiciese penitencia por ellos. Cumplió la Madre generosamente este encargo y tuvo la dicha de que le revelase en otra ocasión que con sus oraciones y mortificaciones, había alcanzado para ambos una buena muerte.

El cumplimiento de la profecía relativa al hallazgo del "Cristo del Desamparo" tuvo lugar con circunstancias admirables. El año 1928 adquirió la Congregación de las Hermanas de la

⁽¹⁾ No copiamos integramente. Sustituímos con puntos suspensivos los trozos suprimidos.